

**M**AÑANA, domingo, día 26 de mayo y en un acto solemne acompañado luego por un «xantar de honra», Alvaro Gil Varela recibirá el «pedrón de Ouro» correspondiente al año 1874. Se trata, según anunciaron los miembros del Patronato Rosalía de Castro al concedérselo, «de destacar su consagración entrañable a Galicia mantenida a lo largo de recia y afanosa vida y también por su desvelo constante en las tareas de la cultura propia».

Los actos, que tendrán por escenario la reconstruida casa de Rosalía, atraerán hacia Padrón a muchos gallegos procedentes de las cuatro provincias los cuales, y ya de antiguo, sienten una especial admiración hacia este hombre de Lugo. Alvaro Gil que hoy, por primera vez en su larga vida, se ve obligado a recibir un homenaje público en su tierra.

Un homenaje que Alvaro Gil hubiera deseado evitar. Primero, agradeciendo el honor que le dispensaban, trató por todos los medios que le concediera el «pedrón» a otro ciudadano; luego, cuando ya vio que esto era imposible, hizo llegar a oídos del espantado Patronato que en vez de recibir el «pedrón» personalmente se haría representar.

Sólo merced a los ruegos de sus amigos, presionado por toda la intelectualidad galaica, accedió Alvaro Gil a llegar a Padrón y servir como él dice «de víctima».

A los «disgustos» que se está llevando Alvaro Gil puede sumarse ahora este artículo mío, que fue ya precedido por otro de Alvaro Cunquero y por multitud de notas escritas a raíz de la entrega de los torques al Museo de Lugo:

—Pidovos que non faledes de min —me dijo casi enfadado— xa falaredes cando morra...

Pero aun sabiendo que su modestia es sincera, que la publicidad en verdad le contraria, y mi deber profesional me mueve a darles a ustedes hoy un reflejo del carácter y personalidad de este lucense singular.

En el pasado febrero, Alvaro Gil Varela cumplió 69 años. Es un hombre de tipo muy gallego; de joven fue muy rubio, casi tirando a rojo; tiene los ojos claros y lleva el pelo —ahora blanco— cortado a cepillo. Nació en la ciudad de Lugo, de donde viene su familia, que es gente hidalga con antepasados que ejercieron cargos oficiales en las Indias. Uno de los apellidos de Alvaro es el histórico Saavedra.

El padre de Alvaro Gil, que era funcionario de la Diputación, vivía en la casa que aun es propiedad de la familia, conocida como «a casa dos loureiros». El señor Gil era viudo, ya que su mujer murió después del nacimiento del décimo hijo y esta tragedia pesó de un modo cruel sobre la familia y especialmente sobre Alvaro, que era el mayor de los diez hermanos.

Por suerte una hermana del padre, «la tía Teresa», que era una santa de altares, se hizo cargo de los niños y de la administración familiar.

Alvaro Gil fue al colegio con Juan Ruf Carballo, el que iba a ser tan brillante doctor hijo del famoso veterinario Ruf Co-

# ALVARO GIL

Por VICTORIA ARMESTO

dina. También entre los amigos de la infancia de Alvaro figuran los Pimentel, Jesús Bal, Evaristo Correa Calderón...

De la infancia de Alvaro Gil se cuenta lo siguiente: habiendo llegado un circo a Lugo, Alvaro, que era muy travieso, consiguió colocarse como criado o ayudante del domador de leones; sólo tras buscarlo afanosamente durante un par de días la «tía Teresa» vino a descubrirle limpiando una de las jaulas de las fieras y dispuesto a marcharse con ellas.

Ese deseo de huida se manifiesta también en el título que le dieron a aquella revista literaria, «Ronsel», fundada por Alvaro Gil y otros amigos en Lugo hace ahora cincuenta años. Entre los creadores de «Ronsel» se cuentan Luis Pimentel, Angel Johán, Evaristo Correa, Jesús Bal, Carlitos Araujo y Rodrigo de Castro.

El impulso de abandonar Lugo, más tarde compensado por el deseo urgente de volver y de edificar su casa en el mismo «jardín de los Loureiros», llevaría a Alvaro Gil cuando ya era un joven técnico de la Escuela de Montes hasta Berlín.

Alvaro Gil fue pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios y llegó a la misma tal vez por recomendación de su amigo don Juan López Suárez, otro lucense notable.

En aquellos alegres años veinte, que precedieron al advenimiento de la barbarie nazi, Alvaro Gil conoció a otros chicos gallegos que estudia-

ban o trabajaban en Alemania. No voy a recordar ahora sino unos pocos nombres: Canelo, aquel extraño y luego malogrado sabio conocedor del sánscrito; Luis Tobío, brillante intelectual luego diplomático; Isidro Parga Pondal, honra de la Galicia científica y también galardonado con el «pedrón de Ouro»; Felipe Fernández Armesto, más conocido como «Augusto Assía».

Con los ya citados y con otros que no cito por no hacer la relación interminable, tuvo relación íntima Alvaro Gil y con los supervivientes sigue manteniéndola.

En Alvaro Gil el sentimiento de la amistad va inexorablemente ligado a otro no menos intenso sentimiento de generosidad. Estas son las claves de su carácter y en ellas radica el secreto último de su popularidad.

Son misteriosas e impenetrables las fuerzas que dirigen la vida de los hombres. Nuestro joven científico, amante de la naturaleza profundamente interesado por la genética y por la biología había proyectado dar a su vida una dimensión exclusivamente técnica.

En Alemania fue discípulo de profesores muy sabios y con ellos inició unas investigaciones originales; se le había ocurrido la idea de que el tojo, ese hermoso pero dañino producto de nuestra descalcificación, podría regenerarse mediante injertos y convertirse en un producto alimenticio de fuerte valor nutritivo para el ganado.

Alvaro Gil siguió investigando esta materia ya de regreso a Galicia, cuando era uno de los técnicos al servicio de la admirable Misión Biológica que dirigía Cruz Gallastegui.

Residente en Pontevedra, Alvaro Gil, que ya era amigo de don Ramón Otero Pedrayo, trabó una amistad que el cultivo de unos mismos ideales hizo paulatinamente más íntima con dos de las más ilustres figuras de la Galicia contemporánea: Alfonso Rodríguez Castelao y Xavier Bóveda. Con el primero mantendría todo a lo largo de la vida de «Daniel» una relación teñida por la nostalgia. Las últimas líneas que escribió el desventurado Bóveda están destinadas a Alvaro Gil, a quien encomienda la seguridad de los suyos.

Fueron tal vez estas relaciones entrañables, estos ideales tan puros compartidos los que iban curiosamente a desplazar a nuestro amigo Alvaro Gil forzándole a salir del soñado paraíso científico. Ya no seguiría pensando en el tojo, ya se pechaban para él las puertas oficiales, el ascenso en su carrera... Ya no había otra carrera que no fuera la propia. La lucha áspera amarga, en una España dividida y herida.

Así, tras una penosa estancia en la isla de San Simón que fue la misma que cantó el xoglar medieval Mendiño, Alvaro Gil pasó del intelectualismo científico al mundo competitivo de los negocios. En este momento la suerte unió su destino al de los hermanos Fernández, otras personalidades extraordinarias y que constituyen un orgullo para su ciudad natal, Lugo.

El matadero de Mérida fue la primera etapa de un camino de industrias que no voy a seguir ni a contar ni a ensalzar ya que siempre resulta peligroso y embarazoso referirse a empresas industriales que, como todas las cosas en este mundo, tendrán sus pros y sus contras. Cumple, sin embargo, señalar que estos capitanes de industria han contribuido al desarrollo agrícola e industrial tanto de nuestra región como de España en general. Gracias a ellos nuestros productos llegan al extranjero en vagones nacionales y cuando uno lo piensa se pama al recordar que barcos con nombres galaicos y con hombres que hablan gallego están ahora mismo faenando en los mares de Sudáfrica y que luego le venden su carga a los japoneses.

Todo ello forma parte de lo que se ha llamado «milagro español» y en realidad todo proviene de la energía de unos hombres que, si pensaron como es lógico en el provecho propio, nunca perdieron de vista el bien común.

Alvaro Gil siempre lo tuvo presente. Nunca renegó de los ideales de su juventud ni de los deberes de fidelidad que le imponían. Primero los perseguidos en las etapas difíci-

les, luego los deprimidos por la nueva sociedad y por último las instituciones sociales, tanto laicas como eclesiásticas, los museos, los archivos, las bibliotecas han sido testigos de una munificencia silenciosa y constante.

Que tu mano izquierda desconozca lo que hace la derecha. Sin hacer la menor publicidad las donaciones sucesivas de los Fernández y de Alvaro Gil han contribuido poderosamente a la formación de los museos gallegos, especialmente los de Pontevedra y Lugo.

Ultimamente Alvaro Gil ha cedido al Museo de Lugo para su exposición en cámara blindada la famosa colección de torques valoradas en más de 50 millones de pesetas entre los que se cuenta el famoso torque de Burela: 23 kilos de oro de 23 kilates. Este tesoro que hoy custodia el Museo de Lugo es superior a los que se exhiben en Dublín y en el Louvre. (Ahora que hay una ola de criminalidad esperemos que tomen las máximas precauciones, sería horrible perder este tesoro después de que hemos perdido el de las famosas monedas visigóticas que de un banco de Táy pasaron a Portugal y de Portugal a un museo de Nueva York).

El desvelo paternal de Alvaro Gil se extiende también a los artistas. No ahora, en que a todo el mundo le da por comprar cuadros pensando en que pueden ser una buena inversión, antes, cuando no los compraba nadie y los pobres pintores se depauperaban, Alvaro Gil compraba incesantemente unas obras que unas veces guardaba y otras repartía por los museos. Que su elección era con frecuencia afortunada lo prueba su colección de Solanas, amén de esas piezas de Goya, Grécos y Zurbarán que posee.

Su interés por las artes le aproxima a aquellos mecenas de la antigüedad y, en diferente medida, también se canaliza a los escritores financiando la publicación de obras que sin él seguramente hubieran permanecido inéditas.

Con sus generosas aportaciones Alvaro Gil ha sido una fuerza importante que ha propiciado este nuevo renacimiento cultural, del mismo modo Alvaro Gil se ha preocupado siempre por la conservación ecológica de Galicia interesándose tanto por los Ancares como por las pallozas de Ceibreiro.

Académico de honor de la Real Academia Gallega, hace unos meses Alvaro Gil fue designado académico de Bellas Artes de San Fernando, un raro honor que viene a sumarse a otros que está recibiendo y que, según ya conté antes, más bien le producen embarazo e incomodidad. Es muy posible que, como tema de su discurso de ingreso en San Fernando, Alvaro Gil estudie la obra de un artista amigo, el que fue gran pintor de Lugo, Corredoira.

Para completar la ficha humana de Alvaro Gil diré que es pescador, cazador, hombre de afable democrático trato, que está casado con Antonia Arias, también de Lugo, persona muy gentil y generosa. Churra, la única hija del matrimonio, está a su vez casada y tiene ocho hijos.

